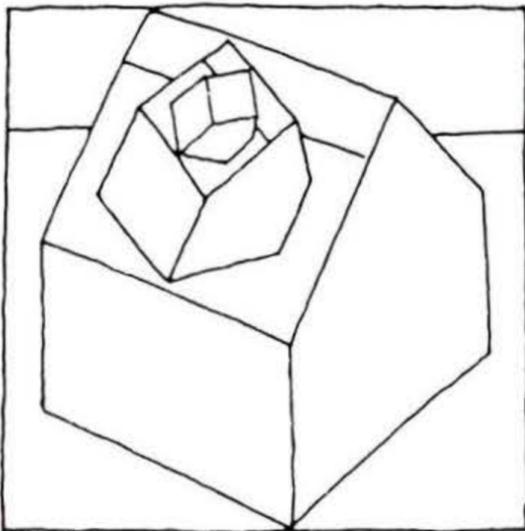


los períodos de su obra vistos por él mismo, los artistas que ama, las razones que influyen en su pintura, sus viajes, la infancia, la manera física de realizar cada cuadro, la revelación del momento secreto que es un lienzo blanco antes de la primera pincelada, la idea de hacer esculturas, etcétera. Szyszlo dice: "El arte es una protesta contra la muerte... veo el tiempo como si fuera una perla, una hemorragia, algo irrepresable que eventualmente me dejará... nos dejará..."



Ricardo Pau Llosa hace una crónica abstracta, un texto antropológico en el que, cada vez que puede, desvirtúa lo dicho por Vargas Llosa sobre el pintor. Con insistencia hace saber que las imágenes literarias del escritor peruano no tienen ninguna relación con el mundo pictórico del artista. Es un artículo escrito de forma muy difícil de seguir, denso.

Ana María Escallón complementa su entrevista interpretando toda la información que obtuvo de Szyszlo y hace un recuento crítico de su obra. Habitante de la eternidad, existencialista, creador de símbolos, lírico de la geometría. Los sentimientos transformados en imágenes orgánicas, la importancia del instante, las referencias preincaicas, sus influencias de pintores europeos y latinoamericanos. El manejo del espacio en sus cuadros, la soledad que transmiten sus formas.

Para terminar hay una cronología del artista hasta 1990, en donde está la lista de todas las exposiciones y un recuento biográfico del pintor. El libro

peca infortunadamente en la mala impresión de las fotos en blanco y negro que aparecen en este último capítulo.

Dos libros de arte hechos en Colombia, por colombianos, que pueden darle la vuelta al mundo por la calidad con que están presentados.

JOAQUÍN ORTIZ

## La vida de papel

Omar Rayo

Seguros Bolívar (dirección editorial, Ivonne Nicholls), Bogotá, 1990, 170 págs.

Triste que las publicaciones y el esfuerzo de la empresa privada se dediquen a obras de tan poco vuelo. Omar Rayo fue elegido para la publicación anual de Seguros Bolívar de 1990, empresa que poco a poco ha ido realizando un registro del arte colombiano. Hablamos de registro porque son libros visuales donde los textos cortos generalmente no abarcan una biografía completa del artista ni una visión crítica de la obra. Se trata más bien de fragmentos sueltos de diversos autores que recorren con alguna libertad, que obviamente resulta arbitraria, algún aspecto de los artistas.

Es este caso es un libro diseñado por Rayo, ilustrado por Rayo y para Rayo y, por variar, con una nota de su esposa Agueda Pizarro de Rayo. La diagramación la realizó Carlos E. Rodríguez, pero tiene adentro todos los defectos de la obra del artista, lo que indica una buena interpretación del árido trabajo en que se quedó sumido Rayo. La geometría simple y repetitiva de los cilindros, de los tubos y los origamis. Milagrosamente, el libro mismo no es plegable.

Los textos de José Font Castro, Juan Gustavo Cobo, René Rebetez y Juan Manuel Roca tocan diversos aspectos de su vida y su obra, cuyos mínimos créditos desaparecen ante la majestuosidad de la alabanza. Los títulos hacen

parte de una orquesta sonora que recorre épocas: La primera, el *maderismo* y *bejuquismo* trata de involucrarlo con el movimiento intelectual de los años cincuenta que se gestó en el café El Automático, en donde él sólo era un extraño observador distante y tímido que presenciaba de lejos las conversaciones de los demás. Bien lo dice Font Castro cuando anota que los asiduos tuvieron que descubrir que no era un "calentano, ni era de Buga, ni poeta, ni costeño, ni mucho menos bobo. Se trataba de Omar Rayo, un joven dibujante de Roldanillo". Para que las suposiciones existieran debía haber algún fundamento porque —aunque las apariencias engañan— no podían estar tan equivocados. Desde otra mesa, Rayo hacía retratos a los contertulios, éstos lo aceptaron finalmente y su ego creció. Ese es el primer capítulo: Rayo, el intelectual distante que retrata.

El segundo capítulo de Juan Gustavo Cobo habla de la "Elipse Americana", el *bejuquismo* surrealista y ondulante que viene de la interpretación visual de la guadua, pasa a la ilustración dulzona y al dibujo. Los años pasan para el provinciano de Roldanillo que logra ubicarse, después de un período indigenista, en la panacea de la geometría norteamericana.

Con los años sesenta llega el auge del grabado, producto de las rebeldes circunstancias sociopolíticas del momento latinoamericano. En Rayo se destaca de una forma insólita su empeño personal. Con el grabado y las raíces del budismo aparecen sus intaglios, para Colombia "innovadores", pero realmente en esta época de la vida resultan un juego de impresión aburrido. Son como pliegues de servilleta a los que se les imprime una dinámica menos "casera" con la lúdica visual de las figuras. Paradojas de nitidez, imágenes que seducen por la facilidad visual de su contenido, o mejor, por la falta de éste. Son relieves de papel para cerebros de papel, que aún perduran en la lucha del comercio. Como el mismo Cobo Borda lo dice "Trampa al ojo: una expresión válida para referirse a su trabajo". Bajo la influencia de Oriente, deja los intaglios por los origamis. De la tijera al pubis y del relieve geométrico al nudo.

"Omar, el alquimista" es el texto de René Rebetez. Son recuerdos de un viejo amigo mexicano que se *introyecta* para pensar en la obra como él mismo dice. Descubre a la persona que triunfa con su geometría y que habla para él de una experiencia interior, la que resulta incomprensible. Es un texto amable, de amigo, lleno de anécdotas y de intentos por explicar la magia de la creatividad.

"El territorio plástico de Rayo" por Juan Manuel Roca, es la lírica al servicio de una explicación de "nudos y desnudos", de "pliegue y repliegue", "de la visualización de lo visto", "de los yelmos y laberintos, de escudos y templos", de blancos desnudos y negros profundos en unos cuadros que son, según Roca, "un caleidoscopio que se anuda y se desnuda". Al final queda el sentimiento de que se han pronunciado demasiadas palabras en honor del vacío.

JUAN SIERRA

## Agúzate

La salsa en Cali

Alejandro Ulloa

Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1992, 619 págs.

La salsa, un fenómeno de la cultura de masas inundado por escritos periodísticos generalmente desorientadores, cuenta en el libro de Alejandro Ulloa, profesor de la Universidad del Valle, con un intento de apoyarse en ella para comprender el proceso sociocultural de una ciudad en particular. Ya esto constituye un avance significativo sobre los trabajos de divulgación, conocidos en Colombia desde los años setenta, que presentaban esfuerzos documentados coexistiendo con hablurías de última hora.

En términos generales, se trata de un libro útil que abre trocha. Como es usual en este tipo de trabajos, la variedad temática abordada y las nume-

rosas hipótesis que servirán de guía para los investigadores del futuro dieron lugar a un volumen grande, excesivo para el fin buscado.

La primera parte del libro, titulada "La salsa y su historia", se propone divulgar los elementos conceptuales de la obra de Fernando Ortiz, básica para una comprensión científica del tema, junto con un recorrido, que parte de la prehistoria y llega a los años sesenta, unas 192 páginas después. Con todo el interés que despiertan páginas semejantes entre los aficionados, sugeriría hacia el futuro que los investigadores de música del Caribe acorten esta parte introductoria, teniendo en cuenta que el público actual dispone de cierta información.

La segunda parte, titulada "La salsa en Cali", es un compendio del proceso histórico del Valle del Cauca hasta recibir la salsa, música cubana reelaborada en Nueva York durante los años setenta (en contraste con Ulloa y con casi todo el mundo, considero que los explosivos ritmos elaborados por los puertorriqueños durante los años sesenta no forman parte de la salsa). Hay aquí un registro interesante de la fiesta caleña desde El Alférez Real hasta Niche que ha debido culminar en el desaparecido Convergencia de Rafael Quintero, pasando por los "aguaelulos", los "champús", los bailes de cuota, Fantasio, el Bar de William y la legendaria efervescencia de cantinas y prostíbulos caleños de épocas pasadas. Se destaca la conexión de la intelectualidad con la vida bohemia, que ha dado lugar a trabajos literarios como los de Umberto Valverde y Andrés Caicedo y, sobre todo, a interesantes biografías que están por escribirse.

En mi opinión, las páginas mejor logradas son las dedicadas al análisis de la radio caleña; en cambio, el intento de construir un juego de oposiciones entre Barranquilla y Cali está fuera de lugar. Para esto habría que escribir otro libro y, previamente, vivir todo el proceso del carnaval de Barranquilla.

Finalmente, el trasfondo de este ejercicio merece una reflexión corta pero especial. Ulloa concibe su libro como una teoría de la "caleñidad" evidente-

mente prematura. Construida sobre la base de una música popular bien comercial y bien mala, como la de las orquestas de la salsa caleña, y del baile mecanizado que deja por fuera la cadencia del cuerpo, esta "caleñidad" no le hace justicia a esa tierra tan hermosa, ni a las caleñas de otros tiempos. A esos viejos y viejas de los bailes anuales de los coleccionistas de discos, donde se sabe que gallina vieja da buen caldo y nadie pierde el tiempo bailando con "sardinas", que hacen foxtrot, bolero, beguine, plena, rock n'roll, guaracha, y todo ello con la gracia del Caribe, que se perdió cuando la salsa se convirtió en la imagen que vende a la ciudad.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ

